

Su voz temblaba y sus ojos se humedecieron; lloraban las vestales; el pueblo escuchaba silencioso, prorrumpiendo después en un aplauso fragoroso, entusiástico.

Del exterior del Circo llegaba allí el ruido de las ruedas de los carros sobre los cuales se trasladaba á los *puticoli* los restos ensangrentados de los mártires cristianos.

Pedro el apóstol, apoyando su blanca cabeza sobre sus manos trémulas, exclamó para sí, mirando al cielo:

— ¡Oh Señor, Señor! ¿A quién confiaste el dominio de la tierra? ¿Por qué quieres fundar aquí tu sede principal?

El sol llegaba ya á su ocaso cuando terminó el espectáculo. La gente se agolpaba á las salidas del Anfiteatro, dispersándose luego en todas direcciones. Sólo permaneció en el Circo el séquito de César, esperando que la muchedumbre hubiese despejado el local; abandonando sus puestos, todos los cortesanos se reunieron en torno al podio, en el que había reaparecido el emperador, para oír los elogios de aquéllos. No le bastaba el aplauso que le habían tributado los espectadores al final del canto; exigía de su público un entusiasmo delirante. En vano resonaban en sus oídos los himnos de alabanza, en vano las vestales le besaban la mano divina. Nerón no estaba del todo satisfecho y no ocultaba su decepción. El silencio de Petronio le causaba turbación y asombro. Unas cuantas frases halagadoras, salidas de labios del culto cortesano, hubieran sido para él en aquella ocasión un inmenso consuelo. No pudiendo contenerse, hizo una seña al *arbiter*.

— ¡Habla!, le dijo.

— Callo, señor, respondió fríamente Petronio, porque no encuentro palabras; te has superado á ti mismo.

— ¡Esto mismo me ha parecido á mí! Pero ese pueblo...

— ¿Esperabas acaso un juicio sereno y digno por parte de la plebe?

— ¿También has comprendido que no se me ha festejado como merezco?

— Has escogido quizás un momento poco favorable.

— ¿Qué quieres decir?

— Cuando el espíritu humano está preocupado con tantas y tantas escenas sangrientas, no puede prestar atención á otra cosa.

— ¡Ah! ¡Esos cristianos!., respondió Nerón apretando los puños; no contentos con haber incendiado Roma, ahora me perjudican de ese modo... ¿Qué otra pena puedo crear para ellos?

Petronio comprendió que había errado el camino, obteniendo con sus palabras efecto completamente contrario al que se proponía alcanzar; por este motivo, queriendo desviar el pensamiento de Nerón, murmuró á su oído:

— Tu canto es admirable; pero he de permitirme una observación; en el cuarto verso de la tercera estrofa el metro deja algo que desear.

Nerón enrojeció de vergüenza, como cogido en flagrante delito, y respondió mirando en torno á sí con cierto temor:

— No se te escapa nada. Lo sé y lo corregiré, aunque presumo que nadie más lo habrá notado. Y tú ten cuidado, por amor de todos los dioses, de no mencionarlo, si estimas en algo tu vida.

Petronio no pudo refrenar la ira y contestó con dignidad:

— Condéname á muerte, divino, si te engaño; pero no lograrás infundirme pavor. ¡Los dioses saben si temo yo la muerte!

Y miró fijamente al emperador, el cual le dijo cariñosamente después de una breve pausa:

— ¡No te exaltes! Sabes muy bien que siento por ti particular afecto.

— ¡Mala señal!, pensó Petronio.

— Hoy quería invitarte a un banquete, continuó diciendo Nerón; pero prefiero encerrarme solo para limar aquel maldito verso. Además de ti, lo habrá notado Séneca y quizá también Segundo Carino; pero muy pronto me libraré de ellos.

Y en efecto, llamando a su presencia a Séneca, le encargó que se trasladase con Acrate y Segundo Carino a las provincias itálicas y a otras, para recabar dinero de las ciudades, de las comarcas, de los templos más célebres; en una palabra, allí donde pudiese encontrarse y cada uno de quien pudiese sacarlo. Pero Séneca, viendo que la misión que se le confiaba consistía en saqueos, robos y profanación de templos, se negó rotundamente.

— Tengo que retirarme al campo, señor, para esperar la muerte; soy viejo y tengo los nervios delicados.

Los nervios ibéricos de Séneca eran más fuertes que los de Quilón; quizá no estaban enfermos, pero lo cierto es que la salud del filósofo empeoraba y él parecía una sombra, teniendo ya completamente blanca la cabeza.

Hasta Nerón, examinándole detenidamente, encontraba en él un decaimiento físico que impresionaba.

— Si estás enfermo, le dijo, no quiero exponerte a los peligros de un viaje; pero el afecto que por ti siento me obliga a tenerte cerca de mí. Quédate, pues, en tu casa, en lugar de ir al campo, y no la abandones nunca.

Después añadió:

— Si encargo esta misión a Carino y Acrate solos, será como soltar lobos en medio de un rebaño. ¿A quién pondré al frente de ellos?

— ¡A mí, señor!, exclamó Domicio Afro.

— ¡No! No quisiera atraer sobre Roma la ira de Mercurio; tengo necesidad de un estoico como Séneca ó como mi nuevo amigo el filósofo Quilón.

Y mirando en torno, preguntó:

— Pero ¿qué es de Quilón?

Éste, que al aire libre recobró el sentido y sintió alivio, había vuelto al Anfiteatro para oír el canto de Nerón; por esto contestó inmediatamente:

— ¡Aquí estoy, oh luminoso hijo del sol y de la tierra! Enfermé, pero tu canto me devolvió la salud.

— Te mandaré a la Acaya y verás los tesoros que encierran los templos.

— ¡Hazlo, Júpiter, y todos los dioses derramarán sobre ti sus dones!

— Lo haré muy pronto. Pero no quiero privarte de la asistencia a nuestros espectáculos.

Los cortesanos, observando el cambio de humor de Nerón, celebraron su agudeza con grandes risas y exclamaron:

— ¡Oh, señor! ¡No quites al intrépido griego semejante diversión!

— Presérvame a lo menos, señor, de la vista de aquellos graznadores gansos del Capitolio, cuyos sesos no bastan para llenar una cáscara de nuez, respondió Quilón. ¡Oh primogénito de Apolo! ¡Estoy precisamente escribiendo un himno griego en tu honor, y quisiera pasar una temporada en el templo de las Musas para recibir inspiración!

— ¡No!, exclamó César. Con esto quieres sustraerte a los espectáculos, y no te lo permito.

— ¡Te juro, señor, que estoy escribiendo un himno!

— Puedes escribir durante la noche. Ruega, pues, a Diana, hermana de Apolo, que te ilumine.

Quilón bajó la cabeza y miró, gruñendo, a los augustianos, que se pusieron a reír. César se volvió a Seneción y a otros cuantos, diciéndoles:

— Figuraos que en el espectáculo de hoy apenas nos hemos librado de la mitad de los cristianos.

El viejo Aquilón Régulo, que era inteligentísimo en todo lo concerniente al Anfiteatro, después de reflexionar un poco, dijo:

— Los espectáculos en los que se presenta la gente *sine armis et sine arte* duran siempre demasiado y son menos interesantes.

— Ordenaré que se les den armas, respondió Nerón.

El supersticioso Vestinio, despertando de sus profundas meditaciones, preguntó con voz misteriosa:

— ¿No habéis observado que antes de morir miran al cielo como buscando alguna cosa, y dejan luego la vida sin lamentarse? ¡Estoy seguro de que ven algo allá arriba!

Y uniendo la acción a la palabra, dirigió los ojos a lo alto del Anfiteatro, sobre el cual la noche tendía su manto guarnecido de estrellas.

Los presentes le respondieron con carcajadas y con chistosas suposiciones acerca de lo que podían ver los cristianos en la hora de la muerte. En tanto, Nerón, haciendo señas a los portantes de las hachas, dejó el Circo, y le siguieron inmediatamente las vestales, los senadores, los sacerdotes y los cortesanos.

La noche era tranquila y serena. Frente al Anfiteatro esperaba la multitud curiosa que quería presenciar la salida del emperador; pero éste apareció disgustado y silencioso. Se oyeron algunos conatos de aplauso, que cesaron en seguida. Del *Spoliarium* continuaban saliendo carros con los restos ensangrentados de los mártires.

Petronio y Vinicio regresaron silenciosamente. Sólo al llegar a su palacio preguntó el primero:

— ¿Has pensado en lo que te dije?

— He pensado en ello.

— ¿Crees que ésta es para mí cuestión de suma importancia? Debo librarla, pese a César y pese a Tigelino. Esta es para mí una especie de batalla, de la que quiero salir vencedor a toda costa, aun a costa de mi vida. La jornada de hoy me hace insistir en mis proyectos.

— ¡Que Cristo te premie!

— ¡Verás!

Habían llegado al palacio y descendido de la litera. Una persona envuelta en obscuro manto se aproximó a ellos, preguntando:

— ¿Está aquí el noble Vinicio?

— ¡Sí, aquí está!, contestó el tribuno. ¿Qué quieres?

— Soy Nazario, el hijo de Miriam. Vengo de la cárcel y traigo noticias de Licia.

Vinicio, sin poder proferir palabra, cogió al joven por el brazo y le miró fijamente a la luz de las hachas.

Nazario comprendió la pregunta, a la cual sus labios no se atrevían a contestar, y dijo:

— ¡Sí, vive! Ursus me envía a decirte que en su delirio no cesa de orar y de repetir tu nombre.

— ¡Sea alabado Cristo, que tiene el poder de conservármela!, exclamó Vinicio.

Condujo luego a Nazario a la biblioteca, adonde le siguió Petronio, deseoso de asistir al coloquio.

— La enfermedad la salvó de la vergüenza extrema, dijo el muchacho, porque los esbirros nada quieren con los enfermos. Ursus y Glauco la velan día y noche.

— ¿Están aún los mismos guardias?

— Los mismos, y Licia fué trasladada á sus habitaciones. Todos los prisioneros en las cárceles subterráneas murieron de fiebre ó asfixiados por las exhalaciones melfíticas.

— Y tú ¿quién eres?

— El noble Vinicio me conoce; soy el hijo de aquella viuda en cuya casa habitó Licia.

— ¿Eres cristiano?

El joven dirigió á Vinicio una mirada interrogativa; pero viéndole rezar, levantó la cabeza y respondió:

— ¡Sí, soy cristiano!

— ¿Y cómo puedes entrar y salir libremente de la cárcel?

— Me comprometí á sacar los cadáveres, y así puedo asistir á mis hermanos y llevarles noticias de la ciudad.

Petronio examinó atentamente el gracioso rostro del joven, sus ojos azules y su abundante cabellera negra.

— ¿De dónde eres?

— ¡De Galilea, señor!

— ¿Te alegraría ver á Licia libertada de la cárcel?

El muchacho alzó los ojos, exclamando:

— ¡Aunque esto hubiera de costarme la vida!

Vinicio dijo, terminada su oración:

— Dirás á los guardias que pongan á Licia en un féretro, como si hubiese muerto. Busca compañeros que te ayuden á sacarla durante la noche. Junto á la sepultura te esperará una litera, y á sus portadores confiarás el ataúd. Ofrece á los guardias, en mi nombre, todo el oro que pueda contener el manto de cada uno de ellos.

Al pronunciar estas palabras, su rostro perdió su habitual y fría rigidez y despertó en él la antigua naturaleza de soldado, á quien la esperanza volvía á infundir alientos y fuerza de voluntad.

Nazario, inflamado en santo celo, levantó las manos y exclamó:

— ¡Que Cristo le devuelva la salud, porque muy pronto la libertaremos!

— ¿Crees que los guardias consentirán?, preguntó Petronio.

— Ellos favorecían voluntariamente la fuga; tanto más han de permitirnos sacarla entre los cadáveres, observó Vinicio.

— Es verdad que hay allí un hombre encargado de comprobar la muerte de los presos, tocando los cuerpos con un hierro candente, dijo Nazario; pero mediante algunos sextercios consentirá en quemar el ataúd en vez de aplicar el hierro al rostro de Licia.

— Dile que recibirá un bolsillo lleno de oro, dijo Petronio.

— Pero ¿encontrarás compañeros de confianza?

— Hay hombres que por dinero venderían á su mujer y á sus hijos.

— ¿Y dónde los encontrarás?

— En la cárcel ó en la ciudad. Una vez comprados los celadores, podré introducir á quien quiera.

— En este caso, interrumpió Vinicio, llévame como siervo contratado por ti.

Pero Petronio se opuso seriamente.

— Disfrazado y todo, te conocerían los pretorianos, y entonces perderíamos lo

ganado. No te acerques á la cárcel, ni á la sepultura. Todos, empezando por César y Tigelino, deben quedar convencidos de su muerte; de lo contrario la persecución se reanudaría, siendo ella la primera víctima. Nosotros no podemos desvanecer las sospechas más que obrando de este modo: Licia será conducida á los montes Albanos, ó mejor aún, á Sicilia, que está más lejos, y nosotros permaneceremos en Roma. Una ó dos semanas más tarde, podrás sentirte enfermo y consultar con el médico de Nerón, el cual te aconsejará el cambio de clima. Entonces podréis encontraros y...

Quedó pensativo algunos instantes y luego añadió, con un gesto expresivo:

— ¡Y entonces los tiempos habrán cambiado!

— ¡Quiera Cristo conservármela!, objetó Vinicio. Hablas de Sicilia, cuando ella está enferma y casi agonizante.

— Pues bien; escondámosla, si te parece, en las inmediaciones de Roma. Una vez fuera de la cárcel, bastará un poco de aire sano para fortalecerla. ¿No tienes en la montaña algún hombre de confianza?

— Sí, respondió inmediatamente Vinicio. En las cercanías de Coriolos vive un anciano que me llevó en brazos en mi infancia y que me profesa entrañable cariño.

— Escríbele que venga aquí mañana, contestó Petronio, entregando á Vinicio una tablilla. Yo mismo enviaré el mensaje en el acto.

Y llamando al maestro de postas, le dió las órdenes oportunas. Algunos minutos después un esclavo á caballo galopaba en dirección á Coriolos.

— Preferiría que Ursus la acompañase, dijo Vinicio; así estaría yo completamente tranquilo.

— Señor, repuso Nazario, es un hombre de una fuerza extraordinaria; puede romper las rejas y seguirla. Dando á una especie de precipicio hay una ventana, y sobre la peña no vigilan los guardias. Entregaré á Ursus una cuerda y él se encargará de lo demás.

— ¡Por Hércules!, exclamó Petronio; que huya cuando más le convenga, pero no con ella y ni siquiera dos ó tres días después, porque se les perseguiría y se descubriría su refugio. ¡Por Hércules! ¿Queréis echarlo todo á perder? Os prohibo que habléis de Coriolos en su presencia, ó en caso contrario, me lavo las manos.

Reconocieron ambos la razón que asistía á Petronio y callaron. Nazario se despidió con la promesa de volver al despuntar el día.

Se propuso pasar la noche con los guardias, pero antes quería visitar á su madre, que en aquella época de terror vivía en continua angustia por su hijo. Después de reflexionar un rato, decidió buscar sus compañeros, no en la ciudad, sino entre algunos sepultureros, á quienes sobornaría. Antes de marchar, llamando aparte á Vinicio, le murmuró al oído:

— No hablaré á nadie de nuestro proyecto, ni siquiera á mi madre; pero quisiera indicar algo de esto al apóstol Pedro, que prometió venir con nosotros al salir del Anfiteatro.

— Puedes hablar libremente con él. El apóstol se hallaba en el Circo entre la gente de Petronio. Salgo ahora mismo contigo.

Se hizo traer el manto de un esclavo y salió con el hijo de Miriam.

Petronio lanzó un suspiro profundo.

«Preferiría que ella sucumbiese á la fiebre, pensó; esto sería menos terrible para Vinicio. Pero estoy dispuesto á sacrificar por su salud un trípode dorado en honor de Esculapio. ¡Oh, *Enobarbo!* Quieres divertirte á costa del dolor de un infeliz amante; y tú, Augusta, estás celosa de la belleza de la joven y quisieras devo-

rarla viva, ya que has perdido á tu Rufo; y tú, Tigelino, quisieras verla perecer, á pesar mío. ¡Lo veremos! Yo os digo que vuestros ojos no la verán en el Anfiteatro. y Licia, ó morirá de muerte natural, ó sabré arrancarla de vuestras garras como de los dientes de un perro, de tal modo que no tengáis noticia alguna de ella. Y cada vez que yo os vea, pensaré: ¡He aquí los locos á quienes Cayo Petronio supo engañar!»

Satisfecho de sí mismo, pasó al triclinio para cenar en compañía de Eunica. Un lector les deleitaba con los idilios de Teócrito. Fuera, negras nubes se condensaban en el horizonte y un temporal interrumpió de improviso el silencio de la tranquila noche de verano. De cuando en cuando, el fragor del trueno resonaba sobre las siete colinas, mientras los dos amantes, muy cerca el uno del otro, escuchaban atentamente al poeta de las *Bucólicas*, que en la dulce lengua dórica celebraba el amor de los pastores. Después se retiraron á descansar, gozando de la dicha del suave sueño.

Entretanto Vinicio había regresado. Al oír sus pasos, Petronio salió á su encuentro.

— ¿Habéis podido combinar algo?, preguntó. ¿Nazario se dirigió, por fin, á la cárcel?

— Sí, respondió el joven, poniendo en orden sus cabellos mojados; Nazario fué á entenderse con los guardias, y yo he visto á Pedro, que me ha encargado que ruegue y que crea.

— ¡Muy bien! Si todo marcha ordenadamente, podremos llevámosla durante la noche próxima.

— Mi colono estará aquí con sus hombres al despuntar el día.

— El camino es corto. Ve á descansar ahora.

Pero Vinicio, retirándose al *cubiculum*, se puso á rezar de rodillas.

Al alba llegó Nigro, el colono de Coriolos, llevando consigo, por orden de Vinicio, mulos, una litera y cuatro hombres de confianza, escogidos entre sus esclavos británicos, que para no llamar la atención, había dejado en una hostería de la Suburra. Vinicio, que no había cerrado los ojos en toda la noche, salió á encontrarle. Nigro se enterneció al ver á su amo, y besándole las manos y los ojos, le dijo:

— ¡Oh, mi querido señor! ¿Estás enfermo? ¿Qué sufrimientos han dejado tan hondas huellas en tu semblante, que apenas te reconozco?

Vinicio le llevó á un rincón y le reveló su secreto. Nigro escuchó atentamente y su enjuto rostro bronceado denunciaba una emoción intensa, que no trataba de disimular.

— ¡Entonces..., es cristiana!, exclamó mirando á Vinicio con significativa expresión.

Éste, comprendiendo el asombro del buen campesino, le dijo:

— También yo soy cristiano.

A los ojos de Nigro asomaron algunas lágrimas. Permaneció en silencio un rato, al cabo del cual prorrumió en esta breve oración:

— ¡Gracias te doy, oh Cristo, porque te dignaste abrir los ojos á quien más quiero en el mundo!

Y abrazó al tribuno, le besó la frente y lloró de alegría.

Poco después compareció Petronio, seguido de Nazario.

— ¡Buenas noticias!, gritó desde lejos.

Y en efecto, las nuevas eran buenas. Ante todo, Glauco, el médico, aseguraba la curación de Licia, aunque estaba atacada de la misma fiebre que hacía diaria-

mente numerosas víctimas en el Tuliano y en las otras prisiones. Además, los guardianes y el encargado de tocar los cadáveres con el hierro candente estaban de su parte. Hasta Actís, el ayudante, se manifestaba satisfecho.

— Abriremos agujeros en el ataúd, para no impedir la respiración á la enferma, dijo Nazario. Sin embargo, podría existir el peligro de que pronunciase alguna palabra ó exhalase algún gemido, que oírían fácilmente los pretorianos; pero está desde ayer tan débil, que tiene siempre los ojos cerrados. De todos modos, Glauco le suministrará un soporífero que él mismo preparará. La tapa no se clavará en la caja, así es que podrá abrirse en seguida y colocar á la enferma en la litera. En el ataúd meteremos luego un saco de arena, que estará preparado al efecto.

Vinicio palideció, oyendo aquellas palabras; pero las escuchaba con gran tensión de ánimo, como si hubiese querido oír de una vez todo cuanto decía Nazario.

— ¿Se sacarán de la cárcel otros muertos esta misma noche?, preguntó Petronio.

— Durante la pasada han muerto cerca de veinte personas, y hoy, antes de anoche, habrá otros tantos, dijo el muchacho. Por esto tendremos que salir con muchos otros; pero procuraremos rezagarnos. En la primera revuelta del camino, mi compañero se hará daño en un pie y así podremos quedarnos atrás. Nos esperaréis junto al pequeño templo de Libitina. ¡Que Dios nos conceda una noche muy oscura!

— Así será, dijo Nigro. La noche pasada era clara y de repente se desencadenó la tempestad. Hoy el cielo es hermosísimo, pero el aire es bochornoso y es muy fácil que por la noche llueva copiosamente.

— ¿Iréis sin hachas?, preguntó Vinicio.

— Las hachas nos precederán. De todos modos, ocultaos en la obscuridad, cerca del templo; aunque nunca se sale con los cadáveres antes de media noche.

Callaron todos. No se oía más que la respiración afanosa de Vinicio. Petronio fué el primero en interrumpir el silencio:

— Dije ayer que para nosotros dos sería mejor quedarnos en casa; pero ahora veo que esto me sería imposible. Si se tratase de una fuga, sería preciso obrar con las mayores precauciones; pero como ha de salir de la cárcel entre los féretros, nadie podrá abrigar la menor sospecha.

— ¡Es verdad!, exclamó Vinicio. Quiero estar presente y ser yo mismo quien la saque del ataúd.

— Así que hayamos llegado á mi casa de Coriolos, yo respondo de la muchacha, dijo Nigro.

Y aquí se interrumpió el coloquio. Nigro se fué á la hostería donde había dejado sus hombres; Nazario, escondiendo una bolsa de oro bajo la túnica, se encaminó hacia la cárcel. Para Vinicio empezó un día lleno de ansias, emociones y esperanzas.

— Nuestra empresa no se malogrará, porque está bien organizada, dijo Petronio. No puede desearse más. Tú fingirás inmenso dolor y vestirás una toga negra. No dejes de asistir al Anfiteatro, á fin de que el pueblo te vea. No, no puede fallar nuestro plan. Perc. ¿estás bien seguro de la lealtad de Nigro?

— También es cristiano, respondió Vinicio.

Petronio le miró atónito y exclamó:

— ¡Por Pólux! ¡Con qué rapidez se difunde esa doctrina y cómo se hace dueña de todos los corazones! Parecería natural que, á la luz de esa luna, se dirigiesen todos á los dioses romanos, á los griegos y á los egipcios... ¡Es muy extraño! ¡Por Pólux! Si yo creyese que nuestros dioses pueden sernos útiles, estaría dispuesto á sacrificar á cada uno dos bueyes blancos y doce á Júpiter Capitolino. Tú en tanto cuida de no escatimar tus promesas á Cristo.

— ¡Le he dado toda mi alma!, respondió Vinicio.

Después de esto se separaron. Petronio volvió al *cubiculum*. Vinicio fué á mirar desde lejos la cárcel y se dirigió luego al Vaticano, á la cabaña del cantero, en donde había recibido el bautismo de manos del apóstol Pedro. Le parecía que desde aquel sitio, para él sagrado, Cristo le oiría mejor que desde otro alguno. Llegado allí, se postró en tierra é invocó con todas las fuerzas de su alma la misericordia divina, hasta el punto de perder la noción del sitio en que se hallaba y de la causa que allí le había conducido. En las primeras horas de la tarde volvió á la realidad de la vida, pues le despertaron de su arrobamiento las trompetas del Circo de Nerón. Abandonó la cabaña, mirando en torno como un extraviado, como el que acaba de despertar de un largo sueño.

Se sentía extraordinario calor; el silencio era interrumpido de cuando en cuando por el ruido de los operarios que trabajaban muy cerca de allí. El aire era bochornoso; sobre la ciudad el cielo estaba sereno todavía, pero sobre los montes Sabinos se cernían oscuros nubarrones.

Vinicio regresó á casa, donde le esperaba Petronio.

— Estuve en palacio, dijo éste. Me presenté expresamente para que me vieran y tomé parte en el juego de los dados. Anicio da esta misma noche un banquete en su casa, al cual he prometido asistir, pero después de las doce, pretextando que sentía necesidad de dormir antes de esa hora. Convendría que fueses conmigo.

— ¿No llegó noticia alguna de Nigro ó de Nazario?, preguntó Vinicio.

— No volveremos á verles hasta media noche. ¿Has visto cómo se prepara un gran temporal?

— ¡Sí!

— Para mañana á primera hora se ha organizado una exposición de cristianos crucificados. Probablemente tendrá que suspenderse por la lluvia.

Petronio se acercó al sobrino, y poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

— Pero tu Licia no estará entre ellos; cuando vuelvas á verla será en Coriolos. ¡Por Cástor! ¡No daría el momento de su liberación por todos los tesoros de Roma!

Llegó la noche y las tinieblas se extendieron sobre la ciudad antes de la hora acostumbrada, porque el firmamento se había oscurecido con negras nubes. Cayó luego una lluvia bastante fuerte que al contacto de las piedras, caldeadas durante el día por el sol, se transformaba en una densa niebla en la que quedaban envueltas todas las calles. Después sopló un viento fuerte, al que siguió una lluvia torrencial.

— Apresurémonos, dijo Vinicio. A causa de este temporal sacarán los cadáveres antes de lo que acostumbran.

— ¡Hay tiempo!, replicó Petronio.

Se envolvieron en dos mantos galos y se cubrieron con dos birretes de la misma procedencia, y salieron por la puerta del jardín. Petronio se armó de un pequeño cuchillo romano llamado *sicca*, que solía llevar en todas sus excursiones nocturnas.

La ciudad estaba desierta: el temporal había dispersado á la gente. De cuando en cuando algún relámpago, desgarrando las nubes, iluminaba con sus vivos resplandores los edificios ya terminados y los que estaban en construcción y las húmedas piedras del adoquinado de Roma.

Después de caminar un rato, á la luz de otro relámpago vieron el terraplén sobre el cual se elevaba el templo de Libitina y un grupo de mulos y caballos en las inmediaciones.

— ¡Nigro!, exclamó Vinicio en voz baja.

— ¡Aquí estoy, señor!

— ¿Está todo dispuesto?

— Sí, señor; nos reuniremos dentro de poco. Entretanto escondeos tras aquella elevación del terreno, para resguardaros un poco de la lluvia. ¡Qué temporal! Me parece que va á caer una granizada.

El temor de Nigro no tardó en confirmarse; empezó á granizar ligeramente primero, luego con fuerza creciente. La temperatura refrescó de pronto. Mientras esperaban el paso de los féretros, hablaban en voz baja.

— Aunque nos viese aquí alguno, observó Nigro, no sospecharía nada, pues nos tomaría por viandantes que aguardan á que pase el temporal al abrigo de estas peñas. Creo, no obstante, que no sacarán los cadáveres hasta la madrugada.

— Este chubasco no durará mucho, respondió Petronio; y debemos permanecer aquí aunque sea hasta mañana.

Esperaron, escuchando atentamente el más insignificante rumor que pudiera anunciar la aproximación del convoy fúnebre. De cuando en cuando una racha de viento llevaba hasta allí, desde la fosa de los muertos, el hedor nauseabundo de los cuerpos putrefactos, negligentemente sepultados cerca de la superficie del terreno.

— Veo una luz entre la niebla, dijo Nigro; más de una distingo ahora. Cuidad que las bestias no hagan ruido, dijo á sus criados.

— ¡Ya vienen!, exclamó Petronio.

Las luces aparecían más claras, y pronto pudo reconocerse por el temblor de las llamas que se aproximaba la fúnebre procesión.

Nigro se santiguó y empezó á rezar. Los féretros se acercaron, deteniéndose ante el templo de Libitina. Petronio, Vinicio y Nigro se acurrucaron, no comprendiendo el motivo de aquella parada, que obedecía á que los sepultureros quisieran cubrirse el rostro con lienzos para no sentir el hedor insoportable que despedían las tumbas próximas. Cogiendo los ataúdes, volvieron á emprender la caminata.

Sólo un féretro quedaba rezagado frente al templo. Vinicio se precipitó en aquella dirección, seguido inmediatamente de Petronio, Nigro y dos esclavos británicos con la litera. Pero antes de llegar á la mitad del camino, oyeron la voz de Nazario, que gritaba desesperadamente:

— Se la han llevado con Ursus á la cárcel del Esquilino antes de media noche. Nosotros traemos otro cadáver.

Petronio retrocedió furioso como un huracán. Ni siquiera tuvo ánimos para consolar á Vinicio. Comprendía perfectamente que era absurda la esperanza de liberar á Licia de la cárcel del Esquilino. Presumía que la joven había sido trasladada á esta otra prisión para que pudiese restablecerse y para conservarla con objeto de que no escapase al martirio en el Anfiteatro. Por esto precisamente la vigilaban más que á los otros prisioneros. Petronio, además de sufrir por la desgracia de los dos amantes, estaba afligidísimo por haber fracasado por primera vez en sus intentos.

— Parece que la fortuna me ha abandonado decididamente, decía entre sí; pero los dioses se engañan si creen que aceptaré una existencia parecida á la de Vinicio. Dirigiéndose á éste, que le miraba profundamente conturbado, dijo:

— ¿Qué tienes? ¡Estás calenturiento!

El joven respondió con voz trémula, con inflexiones semejantes á las de un niño enfermo:

— ¡Creo que Él podrá devolvérmela!

En tanto, sobre la ciudad seguía resonando el imponente fragor del trueno.